

Póm pom pom pom... póm pom pom pom... póm...!

Los "hurí yu-ná" con sus ronquidos estridentes y atronadores, se mezclaron desde los espavelares en flor y desde los ceibos reverdecidos, quizás asustados por la algarabía, o tal vez felices de hacer eco a la batahunda de ahullidos que causaban sus semejantes indígenas.

Y como una plegaria del pueblo que ya empezaba a congregarse al rededor del ídolo de los sacrificios, surgió como un clamor santo, un canto acompasado, acompañado de bailes desparrramados y lascivos.

"Hara-daba-la hú... ú... ú... ú... ú... ú... ú...!"

"Hara-daba-la hú... ú... ú... ú... ú...!"

"Kerá... he... Kerá! Kerá... he... Kerá!..."

"Hara-daba-la hú... ú... ú... ú...! Heá...! Heá...!"

"Húuuuuuuuul... Húuuuuuuuuuul!"

Pronto toda la ranchería se volcó sobre la Plaza Mayor. La alocada algarabía era a cada instante más grande. Ya las chirimías, los quijongos, las trompas, los pitos de huesos de animales salvajes, entretejían una armonía infernal.

Se formaron círculos concéntricos de hombres y mujeres, que al compás de la danza, que no era otra cosa que diabólica pirueta, cumplían con el ritual sagrado.

Las indias púberes o vírgenes de la tribu, traían en grandes bolsas o especies de canastas tejidas de fibra de elequeme, chilotitos, o maíz tierno, y en perla,—sin cuajar aún,—para que fuera rociado y empapado en la sangre de la víctima, quedando así consagrado, debiendo comerlo el pueblo luego como un manjar santo.

El Gran Sacerdote se disponía a consumir el sacrificio de la víctima elegida, y avivaba el fuego de la hoguera donde debía arder la parte de la carne consagrada al Dios.

Con una hoja de pedernal en alto, el "Pó-hoto", se confundió en la inmensa humareda que salía de la fogata, cuando de pronto... en el instante mismo en que se disponía a descargar el golpe en la entraña de la víctima, Nicoyán, el Cacique enamorado, surgió del remolino de humo gris, en el centro del altar de piedra y dando un grito poderoso que retumbó por encima de los tambores y los cantos, dijo derribando al Sacerdote...

"Hulá-baká...! Hulá-baká...!"

Paralizados de temor, se dispersaron todos un momento, pues creyeron ver sobre la humareda gris el espíritu de su Gran Cacique Nicoyán, ya que todos lo creían muerto en el campo de batalla, a mano de los "aipu-tu we pá".

El Supremo "Yari", aprovechó de esta confusión y de un salto se acercó al altar sagrado de "Zacaré Yumá" y cortando las ligaduras tomó en sus brazos a su bien amada Nandayure,

y la calmó con sus caricias de su gran terror... Ella se debatía horrorizada al ver que iba a ser víctima de una enorme tortura y a ser quemada viva, quizás para festín de los presentes.

Calmados ya los ánimos, se atrevió a hablar Nicoyán y les dijo:—Yo soy aún el "Yari" y cacique de los chorotegas. Quién se atreve a negar mi poder y mi nombre? Quién quiere quitarme el cacicazgo que por herencia y voluntad de los dioses me pertenece?...—

Un silencio profundo reinó en toda la plaza. Luego, como impulsado por una voz de mando, empezó aquel pueblo insaciable la algarabía y los cantos, felices todos los indios del regreso de Nicoyán. Uno por uno, paulatinamente, se iban "parando" del suelo, donde todos habían quedado postrados en prueba de sumisión y respeto, ante la presencia inesperada de su "Yari".

El explicó la aventura anterior con aquel "chichí" blanco Don Fernán, y ofreció como desagravio a los dioses entregar al fuego sagrado de "Zacaré Yumá", su cuerpo, en vez del de su amada Nandayure.

El rito siempre se cumplió, pero por sobre la felicidad y el contento de toda la indiada y su cacique, reinó un agudo sentimiento de profanación y sacrilegio, por haber llegado hasta el altar a arrebatarle una víctima expiatoria al Dios terrible "Zacaré Yumá".

Así lo comprendió aquella tribu fanática y así quedó esa duda clavada como una flecha en el alma del cacique chorotega.

LA MALDICION

La festividad con que se holgaban las tribus chorotegas, celebrando la unión de los caciques Nicoyán y Nandayure, duró varios días. Se dieron cita en la comarca todos los nobles del Valle del Veitka.

Fueron fastuosos los presentes que llevaron allí los indios de los palenques de Curime, de Nambí, de Canjel, de Nozara, de Chira, del Diariá, de Gurutina, de Chomi, de Avancari, Nandamojo, Nimboyore, Corubici y Nicarao, así como de otras rancherías súbditas de Nicoa.

La tribu chorotega siempre gozó fama, en tiempo de la colonización, de ser la más rica en oro y pedrerías, en soberbia alfarería y en tejidos de algodón y henequén.

Esta fibra "machucada" de antemano, la ponían a hervir en enormes "nimbueras" o lebrillos con agua de mar teñida intensamente con "curiol", de múltiples colores según el tono o colorido que querían darle a la pieza elaborada.

El curiol era un barro o carmín, que los indios extraían de los farallones, a orillas de las trochas de los canjilones y los vados.

Con esos ocres de color: azul, amarillo, rojo, verde, morado o negro, hacían una especie de barniz indestructible para decorar vasijas y colorear tejidos.

De la cáscara verde y fresca de los árboles de "nacascal", sacaban un añil consistente que daba una bella tonalidad al objeto teñido. Con el achiote, el mangle, y las hojas machucadas del "nancití", obtenían reglas tintas para teñir.

De las hojas y raíces de los Nayuribes, lirios de agua, que son flores tropicales que vegetan en los pantanos y que pertenecen al orden de las liliáceas y amarantáceas, extraían de sus cenizas, una bella tinta, principal adorno en los tejidos de mandiles y crestones caciquiles.

Quizás este supremo adelanto, en el laboreo del oro y en el artístico campo de la alfarería y cerámica y por las riquezas naturales que se descubrieron en la raza chorotega, fue lo que más influyó a estimular la codicia de los españoles.

En aquella fiesta única, a través de muchos años, pues solo en grandes ocasiones se celebraba:—como la coronación de un nuevo cacique, su casamiento o su muerte,—hubo un

derroche de orgía, bebidas y alegrías. Enormes grupos de músicos, formando salvajes orquestaciones, embriagaban a fuerza de sonidos, la naturaleza entera. Allí las chirimías como si fueran clarinetes modernos, remedaban los chillidos noctámbulos de los "olopopos", las "sorococas" y los "guacos". Los "quijongos" como lamentos dolorosos, acallaban los guturales gritos de los congos. Los tambores, cilindros de madera huecos en el centro, con su parche o tapa de cuero de iguana en un extremo, o bien de cuero de lagarto, con su cancanear son, remedaban la carrera salvaje de las dantas en la selva. Las ocarinas multiformes, de bellas embocaduras, eran verdaderas cajas de música de barro, donde se habían alojado los lamentos lastimeros de las "chocholípias", del "paravós" y de los zahineros. Los pitos de huesos largos de animales, o de cañas de bambúes, tenían la cadencia entera de los románticos ceibos; de las loras y de los zapoyoles, de los pericos catanes y de las cotorritas reales.

El "juque", en su tonalidad quejumbrosa, era un fiel imitador del dolor de un congo herido, que truena en los espavelares, o del grito dolido del "cuyeo" que busca estrellitas perdidas en la alcancía del polvo del camino.

Grandes calabazas huecas y calabazas pequeñas, con piedrecitas, de mar adentro, que eran agitadas cadenciosamente cual si fueran maracas modernas, remedaban en la estridente melodía el chi qui, chi qui, chi qui, chi qui, de los garzones reales en los playones de los ríos.

Enormes "nambiros" lujosamente pulidos, con rayas y escoriaciones longitudinales en su vientre, por cuyas ranuras se trotaban varillitas de tarangontil, producían un chás chás, chás chás, grito de los buchones en bandada, cuando pescan pecesitos de plata en los rompeolas de las playas.

En el conglomerado indio, las hembras iban casi desnudas; con sus senos cárdenos y erguidos, marcaban al andar los espasmos de un antojo, y con sus pezones achutilados, el insulto de un deseo.

Púberes doncellas, cachuditas y altaneras, con el contil de su cuerpo, trazaban en el aire borracho de armonías displicentes y lascivas, el girón de un pecado inconcebido. Su vientre reluciente, y su sexo desplumado, eran, a los compases de la danza, una lucubración de martirios y sadismos.

Los hombres, más borrachos aún de chicha, de brebajes y de chim-chem itsqué, bailaban frenéticos a los compases emotivos de la "nirum-kawá", siendo para las mujeres, un incentivo más a sus apetitos insaciados. Y sobre aquella batahola de colorido, gritos y armonías, como la oleada embravecida de un mar furioso y terrible, flotaba en el ambiente, la marejada

de plumas multicolores del crestón de los guerreros. Miles de cabezas empenachadas con plumas de lapas, de loras y de zonziches, y otras miles de gargantas con "chaquiras" de colmillos y dientes de animales, caracolitos, amuletos de oro y jade, daban un barullo musical más emotivo a la danza.

En grupos de cuatro o seis las indias viejas, en enormes "jucós", colocados en las gambas de sus piernas retorcidas, guardaban un maíz morado, llamado "pujagua", del cual fabricaban el "chim-chen itsque", bebida estimulante, semi fermentada, muy apreciada por los indios en sus grandes festividades.

Sentadas o más que sentadas, arrodajadas en el suelo, con sus flacas y arqueadas piernas cruzadas, parecían ídolos con vida, toscamente labrados, en un barro decorado con el curiol de la noche. Con su cuerpo enjuto y sus senos estériles y flácidos, como nidos de oropel en las ramas de un árbol de guapinol, marcaban el compás, ya lento o achispulado de las danzas y los sonos. Mientras... tomaban a puñados de los grandes tinamastes el maíz nacido o germinado, o el maíz pujagua, y se lo llevaban a la boca, que a manera de pequeño molino, era una tolva que fabricaba la masa. Esa mezcla asquerosa masticada por las indias, condimentada con su saliva "alaste", era arrojada luego en enormes "nimbueras", que llenas de agua dulce y caña de azúcar, disolvían la masa. Este atol, fermentado y condimentado con especies indígenas, era la bebida favorita de los indios.

Así bebiendo y bailando, discurría el tiempo. Esta orgía duró un día con su noche y otro día, y cuando la segunda puesta de sol vino, solo encontró un montón de cuerpos gesticulantes en el suelo, borrachos de emociones y de brebajes, que se debatían con espasmos de amores ya saciados y de emboadoras fermentaciones.

Ya la ceremonia había concluido, pues el "Póhoto" de la tribu, luego de sangrar suavemente a Nicoyán y Nandayure, empapó con esa sangre real, un trozo de pan hecho por los indios, de una especie de harina sacada de la pulpa pequeña que tienen las semillas de los guapinoles, amasada con maíz de postrera. Este pan lo dió a comer a los contrayentes así: el pan que estaba empapado en la sangre de Nicoyán, lo comió Nandayure como cumpliendo un voto de fidelidad y un juramento de cariño, y el otro pan que estaba empapado en la sangre de Nandayure, lo comió su amado con devoción y humildad. Luego fueron presentados ambos, vestidos con sus mejores galas caciquiles y guerreras ante el Dios "Zoo lo cú-Mará". Allí permanecieron en el suelo, tendidos boca abajo, hasta que la ofrenda hecha se consumió ante el altar del Dios de jade. Terminada esta ceremonia, fueron los dos enamora-

dos, paseados en sendos palanquines por toda la ranchería, entre gritos y alabados. Nicoyán de pie y Nandayure arrodillada, a sus piernas de centauro, delante del ara de los sacrificios, él, con su látigo de cuero de lagarto, azotó las espaldas desnudas de su amada. Seguidamente desgarraron sus bellas vestiduras ambos y haciéndolas pedazos las arrojaron al pueblo que las recibía, como amuletos sagrados, de propiedad de sus "Yari-pá".

Al quedar desnudos, Nandayure corrió desesperada hasta el bosque vecino y se internó en la maraña de los montes y los juncuales secos, dando estridentes alaridos y haciendo gesticulaciones extrañas. Nicoyán la siguió en su veloz carrera y ambos se perdieron en la espesura, hasta que cesaron los gritos de la desposada, mientras el pueblo silencioso, respetaba el momento del supremo amor de sus caciques.

Dos días después, terminaba todo, todo... la luna llena alumbrando la pampa yerma e interminada, curioseó entre los ranchos y palenques, el complemento amoroso que sucede a las fiestas excesivas.

Cada cual regresó a su ranchería, pero con la nueva quietud volvió a germinar la idea del sacrilegio cometido por Nicoyán ante el altar de "Zacaré-Yumá".

La maldición tenía que cumplirse...! Por eso los sembrados fueron pasto de las "chachaguas" y las hormigas "zompapas", negras y ponzoñosas.

Las trojes de granos fueron rico festín para los hambrientos "zie-gá", y como complemento una ola enorme de "kuru-wak", azotó la región. Las gentes de las rancherías morían entre estertores dolorosísimos causados por las mordeduras de los voraces "zie-gá" y las picaduras de los "kuru-wak", que causaban una fiebre instantánea y maligna que en pocos días acababa con la víctima, dejándola hinchada horrorosamente y sangrando por los poros de todo el cuerpo.

Qué clase de fiebres serían esas, Cecilio,—preguntó Esmirna preocupada.

—La tradición que narró tiempos después este flagelo, daba la versión de una peste bubónica y la llamada fiebre aguas negras,—expliqué a Esmirna,—y creo que como consecuencia de los muertos habidos en las guerrillas de Quirimán y contra los españoles, cuando murió el cacique Nicoa.

Nicoyán desesperado, supuso al fin que él, era el único culpable del castigo que sufría su tribu y abandonó la región, convencido que la indiada de sus dominios no tenía que pagar por su culpa y sacrilegio, el haberle arrebatado a "Zacaré-Yumá", el holocausto ofrecido por el "Pó-hoto".

Se fué muy lejos, y se fué huído, a refugiarse en la tribu del Cacique Diría, en el valle del "Cayure".

Huyó, pero no por cobardía; que los chorotegas y su enorme descendencia, por ancestro de raza, no supieron ser nunca cobardes ante el peligro.

Huyó porque se creyó culpable y quiso redimir a su tribu, de un castigo que solo él merecía.

De noche, sin ser notado, tomó su cerbatana famosa con sus mil dardos de "malacahuite", su "nambirita" de veneno y su arco y sus flechas, y se fué a refugiar donde el Cacique Diría, montando su veloz "Yabekuta Chichí"; pero aún hasta allí... lo seguiría la maldición del Dios de los sacrificios, de los chorotegas.

Pasó a galope tendido por las destruidas rancherías de Quirimán; corrió con su insaciable deseo de devorarse los vientos, y anheló llegar en alas de su infortunio que ya lo aguijoneaba, bajo el recuerdo de su amada Nandayure.

UN AMANECER EN LA PAMPA

...Y qué fue de Nicoyán... Me preguntó Esmirna, la dulce compañera de viaje, con infinita tristeza.—Cuenta... cuenta!... Qué fué del dolor de Nandayure?... Cómo terminó este idilio chorotega?...

Yo le contesté cariñosa y dulcemente, calmando con una suave caricia su inquietud. Luego proseguí:—Nandayure se vengó después del destino, de su rivales, de sus enemigos y vengó también a su amado Nicoyán.—

—Pero, cómo?... Cuéntame! Ansiosa estoy por saber el final de estos amores.—

—En algo, si nó en todo, se parece a nuestro idilio,—le dije con dulzura,—y si tú quieres conocer el final, habrás de esperarte que lleguemos nuevamente a Santa Cruz, la legendaria cuenca del Diridá, donde se desarrolló la segunda parte de esta novela, que yo llamaría... La Venganza de Nandayure!—

—Eso es lo que quiero,—díjome Esmirna.—Mañana muy temprano saldremos para Nicoya y a la madrugada siguiente, seguiremos para Santa Cruz, la ciudad celaje.

Así, Esmirna y yo, con la numerosa comitiva de cartagos, abandonamos la región de la histórica y legendaria ciudad de Nicoya.

Llena de ensueños y de dulces lucubraciones medioevales, les pareció a los interioranos, la ciudad colonial. Pero había que volver a Santa Cruz. La vista rápida de esa ciudad, por mil títulos alegre y bulliciosa, nos impulsaba a retornar, para conocer mejor, los encantos de la ciudad celaje, que se reclinaba en el regazo del río Diridá, entre la Quebrada del Campero, el río de Enmedio y el río San Juan

Esa noche era de luna llena. Esta que había salido a la celosía de su anteojo a despedir al sol, cuando moría,—como dice el pueblo... "Sol puesto, luna afuera"; ya alumbraba con la majestad de su brillo inquietante, la belleza de los llanos. Como si fuera una enorme cara palúdica, con su tinte "mayate", sonreía la anemia de sus pómulos pecosos y daba una lasitud total a los ojos que la miraban. Noche de luna llena! Noche alcahueta de deliquios y lucubraciones, en los rincones prohibidos donde se anidan los amores. Noche de tibios secretos,

donde al embrujo de las calles y caminos solariegos huérían del modernismo incandescente, la luna proyectaba extrañas piruetas de saltimbanquis enamorados, en la quietud adormecida de los recodos y las rondas, y las orillas celestinas de las casonas silenciosas.

Los perros celosos, enamorados de su pareja ausente, labraban a la luna como pidiéndole sosiego a sus instintos morbosos.

En los jícaros de los patios de las casas, los gallos con su tirabuzón cantable, hilaban la cuerda del dominio varonil en el telar de plumas de sus adormecidos harenes.

Sentados todos nosotros a la sombra de encaje de los matapalos frondosos de la plazona del pueblo, cantábamos enamorados de la luna, reminiscencias novelescas, al compás de las guitarras nicoyanas y de la marimba sonora, —que nos festejaban con un baile de despedida,— dado por la sociedad cumplida y cariñosa de la juventud nicoyana.

Después de las "melcochas danzantes", habíamos fijado la salida de Nicoya, para las doce de la noche, camino a Santa Cruz, junto con otros elementos nicoyanos, que viajaban esa noche, acompañando a algunas de las muchachas de la comitiva, que se habían copado, y un grupo de carreteros que partirían a esa hora.

Toda la ilusión de Esmirna, era pasar esa noche al sereno, en la plaza de Nicoya, cantando y riendo, y bailando en el césped, y dándole con sus risas emotivas serenatas a la luna. Quería disfrutar del raro embrujo que trasmite la pampa en sus noches enlunadas, pero yo no quería rezagar el viaje, pues era viernes 13 de enero, y al siguiente día, serían las vísperas de las Fiestas Cívicas y religiosas, en la Ciudad Luz, en Santa Cruz!

Serían las fiestas Patronales de mi pueblo, la festividad del Santo Cristo de Esquipulas, el Negrito milagroso, y por eso no quise que se rezagara el viaje de regreso.

A las doce de la noche, al filo de la hora en que los centinelas aladas, corvan su pico en una suprema invocación a la luna, tomamos las cabalgaduras que pastaban impacientes a la sombra de los matapalos.

Salimos alegres en una noche de luna... de aquella misma luna de todos los tiempos! Esa noche estábamos a 13 de Enero de 194... y seguramente en una noche como ésta, llena de embrujos y de peligros, de idealidades y de amorosas somnolencias, allá en el año de 1600, huyó a la polca de Nicoyán, su indita amada Nandayure.

Esa misma luna, testigo muda de tantas cavilaciones y de tantos marasmos idílicos, iba hoy a marcarnos el camino de

regreso a Santa Cruz, a la otra legendaria cuenca del Dirí, donde hace tantos años se realizó la segunda parte de esta sublime novela de amor.

Las doce de la noche! Formada ya la cabalgata, nos dispusimos a partir. Eramos 27 los paseantes y 25 las cabalgaduras. Como entre este grupo venían dos cartaguitas: Esmirna mi compañera y Virginia la estudiante normalista, que no querían montar solas a caballo, hubimos de montarlas a la "polca". Tanto mejor para mí, que era una felicidad más grande, por aquello de sentir mi cintura suavemente oprimida, por los delicados brazos de mi amiguita, que se aferraban a mí, y que a cada corcovo del caballo se apretaba medrosamente más.

Venían con nosotros entre la comitiva, dos parejas más; un enamorado nicoyano con una linda santacruceña, y un maestro santacruceño con su novia nicoyana.

Acompañados de dos guitarras, de una ocarina y de maracas, íbamos por el camino hilando canciones y melodiosos ritmos guanacastecos, en la rueda de las horas. Las dulces voces de Esmirna y de Virginia, repetían como una contribución de ensueño, la canción del "Nayuribes" y el capricho regional de "Nandayure".

En los ratos de silencio, cada sombra misteriosa, surgida a lo largo de la llanura era una evocación, y las chavalas creían ver, no otra cosa que legiones de chorotegas, indios enamorados, montaraces nativos que hurgaban el silencio de la noche, o doncellas llorosas, que buscaban a su amado en la pampa luminosa, alumbrada con la luz blanca de las "carburos" del cielo.

Después de mucho tiempo, abandonamos la sabana; ya no eran las planicies ventosas, ni los pastizales secos los que nos formaban silenciosa compañía. Los carreteros tuvieron que separarse de nosotros y después de los... Adiosito compañero...! ...Hasta la vista, pañía...! siguieron ellos al son chirriante y cansino de sus desvencijadas carretas con la chopa o manteado puesta, sobre paralelos curvados de bejucoecasa, a manera de techos aligerados. Ellos tenían que seguir el polvoso camino carretero, legendario también por lo malo y fangoso en el invierno. Por allí se iba a Sabana Grande, siguiendo hasta la explanada de San Juan y Santa Cruz. Tenían que seguir la carretera al jiii, buey...! de su dolor secreto, mordiendo el polvo rondero, de la llanura interminable y cansada, como ofrenda y promesa de los gobiernos que han sido y que no han querido dejarnos a su paso, ni la infeliz dádiva de una carretera moderna, ni la limosna de un ferrocarril que habilite la llanura guanacasteca.

Lamentándose de las inconveniencias de las vías de comu-

nicación, apuntó uno de los maestros, que en una oportunidad, había oído decir que los impuestos sobre los cigarrillos extranjeros,—recargados ahora— constituirían un valioso aforo, que se destinaría exclusivamente para la construcción de la carretera más indispensable en Guanacaste, entre Ballena y Santa Cruz, y que esa cantidad, tenía entendido ya pasaba de los dos millones de colones.

Ja... ja... já...! Que atrasado estás de noticias compañero, — le replicó el santacruceño. No estás viendo que ese dinero fué solo el pretexto de un gobierno,—para gravar los cigarrillos,—y que como siempre al Guanacaste, se le dió atolillo con el dedo?... Esos dos millones de colones fueron los que se emplearon en la construcción de la Aduana de cierto puerto marítimo. Un regio edificio que ni la capital lo tiene, y que para hacerle juego a ciertos intereses políticos indispensables, se tenía que hacer esa Aduana, aún cuando en Ballena, nuestro puertecillo fluvial del Bolsón, se perdieran miles de sacos de cemento, que como "pupulucas" al fin, fueron llevados junto con maquinarias especiales, para empezar los trabajos... mientras se iniciaba la campaña política...—y luego—resuelto el problema electorero—ese capital invertido en maquinarias, fué cedido a los japoneses como hierro viejo, cuando ya el herrumbre y las lluvias habían inutilizado toda aquella cábula de carretera.

Oyendo atentos aquella conversación nos habíamos desviado del camino. En realidad, nosotros, más ágiles, en soberbias cabalgaduras, dejamos el camino real, para subir a los cerros, y tomar así otra trocha a través de la montaña, descender a Santa Bárbara, y llegar así de otro modo a Santa Cruz.

Las dos amigas cartagas, extrañadas de la belleza de la región en contraste con los pésimos caminos, quedaron conformes en sus dudas, cuando Carlos les explicó de la negligencia de los gobiernos, usada para con nosotros los guanacastecos, en sus tiempos de poder, muy distinta de la época política en que ellos recorren esos mismos caminos llenando sus atroces lodazales, con promesas de renovación y de adelanto. Entre las frases de aquel conterráneo herido, por el despecho de la realidad, recuerdo que dijo a mi amiga: que un presidente en una oportunidad, acosado por las reclamaciones de mi pueblo viril que le dió el mayor sufragio electoral para su elección presidencial, exclamó...: "Para qué quiere ferrocarril el Guanacaste, que no sea para exportar pereza y garrapatas". Este es el concepto compañero — doloroso por cierto — que los gobiernos y los "cartagos" tienen de nuestra tierra.

—Aquí cabe una defensa,—replicó el maestro santacruceño, —sobre la idiosincrasia del pueblo guanacasteco. No es que sea-

mos perezosos, amigo. Es que somos indolentes obligados por aquel abandono en que está sumida esta bella región. Es que estamos cansados de ser el hijo bastardo... el recogido en el hogar costarricense. Se nos ha tenido siempre como el hijo entonado, del hogar tico. Por eso siempre, los muchachos embolados, gritan con gesto malicioso: —Nosotros no somos ticos, sino que somos TECOS!

Es claro,—exclamó ardorosa la nicoyanita,—como que primero los votantes son... machos gallardos de la pampa... y después... después que han dado sus votos, y que el presidente y diputados están arriba, somos perezosos y rezagados y si reclamamos algún derecho... "si te ví, no me acuerdo!!"

Y esto que ya tenemos más de cien años de ser costarricenses puritos. Desde la brillante asonada de Cupertino Bri-ceño, en el Cabildo Nicoyano y el gesto viril del idealista Presidente Francisco Morazán en 1842, que hubiera preferido hasta la guerra — de haber sido posible — para mantener la anexión de Guanacaste a Costa Rica, arrebatando por entonces tan rica presa a las ambiciones nicaraquíenses. Desde el 25 de julio de 1824 permanecemos ticos, y somos orgullosamente costarricenses, y cuando años más tarde pudimos dejar de serlo, el insigne hondureño Francisco Morazán, Presidente nuestro por entonces, evitó que fuéramos vejados por fuerzas extranjeras.

—Pero,—dijo Virginia—, Morazán fué un extranjero!

—Todo lo que quieras, Virginia. Todo lo que hizo fué bueno. Costa Rica le debe mucho en lo social y político. Y si se critica que fuera un intruso en nuestra vida ciudadana, no es suyo el baldón, que él siguió y cultivó un bellissimo ideal. La Anexión Centroamericana!

Todo baldón y crítica, que quede como lápida que hunda más en el cieno del odio, a los que en cualquier país, recurren a fuerzas extrañas, para ahogar con sangre derramada por mercenarios, los problemas nacionales, que ellos solos, no tienen el valor ni el coraje de combatir.

Francisco Morazán, no fué intruso, fué un idealista, fué la antorcha de un ideal luminoso. Y si llegó a Costa Rica a gobernarlos, cúpese de ello a los ambiciosos que invocaron su ayuda. El vino como un patriota, como un hijo preclaro de la patria internacional centroamericana, pues hasta sus riquezas y hacienda desbarató en nuestro país. Llegó al Poder a dar de sí todo lo que tenía, no a hacer del solio un cacicazgo, en donde la hacienda pública se convertiría en canoa de "machigua", donde llegaran a hartarse los...—

—Bravo!!!... —gritaron todos con sonora carcajada.— Te has vuelto un verdadero orador. Así me gusta verte, guanacasteco aviola!!!

—En eso tiene razón, el señor profesor nicoyano, — dijo al fin Carlos. Porque el mismo Francisco Morazán, al ser fusilado el día 15 de setiembre de 1842, — qué ironía de nuestro pueblo, . . . la fecha gloriosa de nuestra independencia, se celebró con una traición. . . — testó de la siguiente manera: “—Declaro que todos los bienes que poseía, míos y de mi esposa, los he gastado en dar un gobierno de leyes a Costa Rica, lo mismo que \$ 18.000.00 y sus réditos que adeudo al señor General Don Pedro Bermúdez.

Declaro que no he merecido la muerte, porque no he cometido más falta, que dar libertad a Costa Rica y procurar la paz de la República.

De consiguiente mi muerte es un asesinato, tanto más agravante, cuanto que no se me ha oído y juzgado. Yo no he hecho más que cumplir las órdenes de la Asamblea en consonancia con mis deseos de reorganizar la República.

Protesto que la reunión de soldados que hoy causa mi muerte, la he hecho para defender únicamente, el Departamento de El Guanacaste, perteneciente al Estado, amenazado, según las comunicaciones del Comandante de dicho Departamento, por fuerzas del Estado de Nicaragua. Que si ha tenido lugar en mis deseos el usar después de algunas de estas fuerzas, para pacificar a la República, sólo era tomando de aquellos que voluntariamente quisieran marchar, porque jamás se emprende una obra semejante con hombres forzados.

Declaro que al asesinato se ha unido la falta de palabra que me dió el Comisionado Espinach de Cartago, de salvarme la vida: . . .” — y así sigue este inmortal testamento, historió orgullosamente el perorante. . .

—Pero como que se sienten ustedes los “tecos” — como dijo antes “nicoyita”, — más orgullosos de ser “ticos”, que los ticos de que sean ustedes costarricenses! Porque hay que reconocer, en honor a la verdad, que si tanto se quiere al Guanacaste a la hora de la politiquería y las lides eleccionarias, debería ya, haberse hecho lo merecido, por esta fantástica región,—argulló Virginia.

—Y cómo es que tú, — me preguntó Esmirna con cariño— que tantos bellos gestos has tenido, no has promovido una iniciativa entre los guanacastecos, que trate de perdurar, tan bello capítulo del solar pampero?

—Claro, Cecilio! Tú muy bien puedes hacer esto, — afirmó Virginia.

—Gracias, tesoros, por sus buenos deseos, — les dije, socarronamente quizás, — pero yo no quiero meterme más en esas honduras cívicas, que a nada conducen, y sólo dejan un sabor

acre de despecho y desconfianza en el alma, de quien se propone llevar a cabo tales iniciativas.

Yo no quiero, — les dije más seriamente, — que me pase lo que a un amigo mío, muy querido, allá en San José.

—Y que es esa nueva historia, que nos tienes que contar Cecilio? — dijo Esmirna interesada. — Ya sabes que soy curiosamente preguntona por naturaleza.

—Pues a mi no me interesa, Esmirna, se trata únicamente de un sentimiento de despecho que comparto con el amigo, ya que él, con lealtad y noble espíritu se propuso llevar a cabo la bella iniciativa de inmortalizar en bronce y cemento, la realidad de una gesta internacional. Luchó, arañó, suplicó... quizás si hubiera sido para él, la campaña emprendida, no hubiera tenido tantas adversidades. Hasta que al fin, después de muchas peripecias dolorosas, llevó a feliz realidad el monumento, no habiéndole faltado más, según me dijo después amargamente, que haber tomado la cuchara de albañil y haberse enfangado el calzado, para realizar él mismo la mano de obra, en compañía del maestro arquitecto, tales fueron los obstáculos sufridos.

—Pero qué fué de su idea, — preguntó Virginia, — siempre la realizó su amigo?

—Sí...! mi amigo realizó siempre su ideal cívico, — le contesté—pero no faltó como tantas veces, la remuneración especial a su acto despreocupado y noble... y ésta, no se hizo esperar. El mismo día de la inauguración de la obra, que hoy brilla al sol y a la gloria en la ciudad capital — en uno de los más bellos parques nacionales — entre las cortinas y las banderas que cubrieron el fastuoso monumento, se escondieron las bajezas y ruindades más reprobables y las intrigas más sordas y procaces. Otros fueron los que como una flor de lujo en la solapa, se prendieron la gloria de ver lucir al sol, aquel monumento simbólico. Y según me contó este amigo muy querido, — les dije a Esmirna y a Virginia, — un Ministro de ese entonces al tomar la palabra en el brillante acto cívico, anuló adrede la persona del que con tantos sacrificios realizó la obra. Otra primera autoridad gubernamental en lo civil, denegó al autor hasta el derecho de ofrendar al público asistente, la sinceridad de sus palabras, ofreciendo el acto, en brillante apología.

En fin, sólo amarguras cosechó aquel espíritu cívico, y quedó roendo, como un sedimento de aquel hecho, la injuria de haber sido interrogado descaradamente, por un personero del gobierno a quien homenajeara con su idealidad...: "que cuánto le habían pagado por aquella iniciativa?...—"

Es por todo esto, — les dije nuevamente con amargura,—

por lo que no me he metido en nada, al conmemorarse el ciento y tantos aniversario de nuestra libertad ideológica, perteneciendo de lleno a Costa Rica, la nueva Madre Tierra, que a veces nos trata con el desaire y desapego, con que se reciben los entenados en la casa del marido nuevamente desposado.

En estas cavilaciones seguimos la ascensión de los cerros. La luna caída bajo la línea del cenit, se dividió invisiblemente en dos mitades; una acompañó con su fulgor de plata virgen a los carreteros con su pena ignota, por ser doloridos peregrinos en los fangosos y polvorientos caminos. La otra mitad de la luna, se iba con nosotros, los veintisiete jinetes, por la montaña tupida y quebrada, con olores a sacanjudes, con olores a copey, a corteses y a flores de "palanco".

Las guarías y toritos con sus brazos menudos de figuritas prisioneras de las cortezas salvajes, se tendían a nuestro paso, como pidiendo libertad.

Idiay, muchachos!... no se dilaten!... que ya es la madrugada, Désen ligero! — gritó el santacrucense.

En efecto, tantas cavilaciones habían enristecido la comitiva, que tuvo que hacer una nueva libación de "cautel" y de "cususa" los muchachos, para espantar la tristeza, que como coyote rondero nos iba a la grupa de los caballos.

El frillito veranal de una madrugada prematura, se hacía sentir por el ámbito, y nosotros, arropaditos y saboreando nueva y copiosamente el delicioso licor que se esfumaba, combatíamos la helazón.

Ya muy entrada la madrugada de ese día 14 de enero, después de muchas paradas, desmontadas y peripecias incidentales, entramos a Santa Bárbara.

Este pueblito alegre y campechano, con sus casitas desparramadas, con sus ranchitos de paja, como sombreritos caidizos en la majestad de la sabana, fueron algo así, — para nosotros— como la visión de un cuadro pintado con la algarabía de los tintes que dejó olvidado un Dios artífice, en la paleta inmensa de la naturaleza.

Los sabaneros, "desesperizados" y joviales, corrían ya a galope tendido por los encierros y sitios. Su canto alegre y su dicharachera alegría, desparramada en mil gritos hacía correr al ganado.

Tóooooo!!!... Tóooooo!!!... Tóooooo!!!...

—Uyuyuy María Santísima, que aquí ejtá el hombre sabanero que madruga máj que el soll — dijo uno.

Otro le contestó: — Uí pi pip pip páaaa compañeró... aquí ejtá el tronco morroño, donde se raica el tigre, carajooooo!

Los caballos como hechos de bejucoecasa, con tendones de varillas de tarangontil, se doblaban furiosos a las mil peri-

pecias del jinete, que domeñaba su orgullo a punta de sus espuelas.

En la calle real, ya las primeras mocillas del pueblo, se encaminaban amanezqueras a las pozas del rillo, con su batea de ropa jabonada, a darle la última ojeada.

La Paulita, moza esbelta y rolliza, con sus cuadriles de tinaja chorotega, se pavoneaba donairoso delante de un galán jinete, centauro de la llanura.

—Buen dillita, Marcelino, y no me arrolle con su cholpo, que no soy vaquillona, mi alma, — le dijo maliciosamente la chavala contoneándose provocativamente delante del saba-nero.

El, por su parte, con la sagacidad del macho de la pampa, le gritó corriendo sobre su cholpo jacón:

—Uyuyuy, soy comodín, donde se guarda el tesoro; si voj querés ser la vaca, yo te ofreico ser el toro! . . . —y haciendo un requiebro forzado al bozal de su caballo, lo sentó sobre las patas traseras — casi parándolo de manos — levantó una densa polvareda en el camino central donde reposaban los cuyeos, haciéndolos volar asustados y pizpiriciegos. Volvió entonces grupas y se acercó de nuevo a la muchachona, que ya bajaba el "paso del rillo".

La morena, con una preocupación manifiesta le dijo entonces: —No venga aquí Marcelino, que la comadre es muy "chirre" y a lo mejor me asarella. Váyase ligerol!

El, más intrigado le dijo. . . —Voj a mí ya me tenéj como garzón en estero. . . , como queréj que me vaya si no me daj lo que quiero? . . . —

—Váyase, Marcelino, porque si nó yo grito! — le dijo suplicante la lavandera, pero con cierto gesto amenazante muy marcado.

—Ay, mamacita. Qué zancudero! . . . abríme el toldo que si no me muerdo! . . . —gritó, más que dijo el saba-nero, dándole un beso robado a la Paulita, con cuyo gesto rególe toda la ropa jabonada por el suelo, y arrancó a galope tendido, por las rondas del encierro.

Ella, furiosa en el primer momento, dulcificó su semblante, convencida que estaba sola nuevamente. Se llevó sus dedos a la boca, como si quisiera hacer con ellos una cárcel de pétalos morenito-rosada, para aprisionar el beso que se quedó dormido en sus labios, y aleteó suave, alegre, convirtiéndose en sonrisa.

Así es este despertar grandioso de la pampa y de la sabana dormida, cuando el sol se desesperazaba como un enorme garrobo tendido en la gamba de un madero negro.

Se escuchó la jerigonza de los mil gritos con que se levanta a la vida la pampa guanacasteca. En los "jocotes" y limoneros

y en los jícaros de los patios de las casas, tendían sus cuellos de quijongos, los gallos madrugadores, antes de volarse al suelo. Los toros con su mujido atronador, avisaban a las vacas dispersas la hora del ordeño. Los terneros con su débil berreo, buscaban a sus madres que corrían azuzadas por los gritos y carrieritas de los sabaneros a caballo.

Los congos, adormecidos aún, en los espavelares, ceibos y enormes guanacastes del río, como montones de ceniza oscurita por la penumbra de la ramazón, empezaban a decorar el paisaje matinal, con sus ronquidos de truenos lempos, guturales y profundos...

Gur... gur... gur... gur, gur, gur gur gurgurgur...!!!
Nosotros, madrugadores ilusos, o trasnochadores cantantes de la luna, a esa hora, las cinco de la mañana, nos desayunábamos con la "gurrucha" de un ensueño y con el "tizte" tibiecito de un amanecer en la llanura.

Siempre con las guitarras templadas, despedimos a la luna y saludamos al sol, que como un alcaraván grandioso, rubio y rojo de plumaje, o como una garza morena enorme arrebujada en la sierra, distendía sus alas de celaje, por los jaraguales tranquilos.

Un amanecer en la pampa!

No tuve más remedio que dar cabida a un grito sentido y montarás salido de mi pecho guanacasteco...

Hey...! Esquipulitas santo... negrito Padre Jesús, dejame gozar las fiestas, sin que me dé un "patastús", que quiero que mi chavala, que aunque es morena de zaga, se enamore de mis pampas, y deje de ser cartaga!!!...

La luz amanezquera, como carne de zonzapote remaduro, parecía que se untaba por los canales florecidos, o que se prendía por los piñuelares donde cantaban los güises, y se enredaba en los sombreritos caidizos de los ranchos del poblado. Así parecía Santa Bárbara, con su regia escuela de ciudad interiorana, y su capillita oscura, a falta de iglesia, donde el fervor de los fieles deja cada temporada, el adelanto de una gratitud, por un milagro concedido. La plaza, de césped resequido y a trechos polvoriento, daba una monotonía romántica al aspecto del lugarcito, adornada por montoncitos saltones que espigaban en el polvo, cantando sus arrullos y su eterno cu ru cu cúl... Cu ru cu cúuuuul!! Eran las palomitas de San José.

Las casas diseminadas aquí y allá, esporádicas, en una sola avenida central, tenían la incongruencia de las cosas típicas.

Una hacienda primero, un rancho tibio y reducido después, una casona de gentes de "pupulucas", un potrero más allá...

En todas las casas el refocilante gruñido de los "guzapos" rechonchos, de las vacas y los bueyes, las gallinas y las loras.

Vida feliz la del pueblo guanacasteco, vida que soporta y lleva el sabanero, como verdadero socialista cristiano. En todo rancho, en cada casa siempre hay el solar repleto de la algarabía de los animales caseros... y dentro, el "tabanco" con su depósito o granero de arroz y de frijoles; el yagual, con la sesina, carne al humo, y los quesos y cuajadas caseras, sus seis racimos de plátanos currarés, madurando al humo de la fogonera, o al sol, para convertirlos en pasados.

Las guacaladas de huevos, las nimbueras de leche recién ordeñada, el plátón de alfeñiques y dulces, y la batea de bizcochos, tanelas y rosquillas.

Por el "rendijero" de sus paredes de caña, veíamos mil chispas que chasparreaban los olotes.

Eran como los ojitos de Santa Lucía, multiplicados por mil, que por las "rendijas" nos guiñaban, invitándonos a desayunar.

Perdiendo esa pena hipócrita que asalta a muchos en un trance igual, me acerqué confianzudo a un rancho.

Buenos días, comadrita! le dije zalamero desde afuera no más a la patrona.

Buen dillita, mi alma... mándese a apiar, — contestó una voz gangosa, pero casi dulce, desde la fogonera.

Gracitas, pues, señorá... la dije con ese mismo tono de dulzura. Venimos desde Nicoya con unas cartaguitas y queremos comprarle algo de comer, mientras llegamos a Santa Cruz.

Enseguidita no más, compadrito!... Y esto diciendo, hizo chirriar la puerta desvencijada del rancho, quitando las trancas y travesaños y abrió de par en par. Un chigúin panzudito y descalzo, morenito como una figura de barro escuriolado, agarró las bestias por la jáquima, y se las llevó al solar. Nicoyita, como le decíamos al maestro, nos llamó aparte y nos indicó: —Oigan compañeros, es mejor que le quitemos los frenos a las bestias y los llevemos pá dentro... no dejen espuelas ni los dantos en las albardas, ni las vaquetas sueltas. —

Desmontados todos, desentumiéndonos de la "andada a caballo", entramos a esa casuchona de paja, nido de mil recuerdos y de ahumadas alegrías.

Un poste central, sostenía el rancho en su total empuje. Era una sola habitación, donde se amalgamaban: el brillo de la fogonera de barro, barnizada con la ceniza con que se amesquezaba el maíz, y el cuarto endémico y enfermizo donde había una sola cama de madera tallada, con el fondo o petatillo, hecho de un solo cuero de buey semicurtido. Cuatro o cinco taburetes y dos banquetas de asiento de cuero de buey, completa-

ban el ajuar casero, por lo que la mayoría de los paseantes, se sentaron sobre las soleras de la casa, que a manera de bancas largas, bien raspadas y lustrosas, sangrando limpio, conturnaban la habitación.

Un moledero, "luciecito" y brillante, color de sangre, muy bien lijadito con hojas de "raspaguacal". Sobre él la piedra de moler maíz, de regio aspecto indio, con su enorme mano de piedra y su mascarón de lagarto tripode, era un regio metate, una prueba más del arte chorotega para hacer piedras de moler maíz, verdaderos altares donde se rendía culto a esta gramínea, en su tiempo de cosecha.

La indumentaria de cocina, o vajilla, era de jícaros, hechos guacales, jicaritas, cucharas, etc. Las ollas, comales y lebrillos, así como los peroles, cazuelejas, nimbueras y tinajas eran otras tantas joyas de alfarería indígenas, de barro cocido, artísticamente encurriolado.

—Mándese a sentar, mi alma, — repitió la vieja tempranera, de enagua arremangada en el cuadril y blusa enormemente descotada, que dejaba sus morenos chombos al desnudo y sus flácidos senos, casi al descubierto.

—Sí, señora. Ya estamos sentados, pues. Gracitas por su atención.

—Qué vá, mi alma, mi ranchito es pobre pero es suyo. Ahorita no más, están en su casa...

Valentina!... — gritó la vieja asomada al solar viendo hacia la quebrada que orillaba el rancho, por el guindo abajo.

—Ya voy, señor!... y al rotito poco, entró por la puerta de atrás, una aparición risueña. Veinte años a lo sumo, o dieciocho quizás, que apenas estaba chutilando en senos. Era una chavalita agraciada, morenita como las imágenes de iglesias pueblerinas.

De ágil cintura, servía de sostén a una enorme nimbueira, que puesta en su cuadril, resumaba agua fresquita de quebrada. Sobre su trenzada cabeza, como un gallardo penacho, traía la tinaja sentada, sobre un rollete limpio. Esta tinaja llena de agua también, al rebalsar, pringaba como con gotitas de azúcar líquido, las negras pestañas y las cejas de la muchachona preciosa.

Su cadencioso cuerpo se bamboleaba, con un gesto de mujer que sabe que produce desvarío a los ojos que la miran. Sus muslos prietos, al descubierto, arribita de la rodilla, se adivinaban a través del vestido, empapadito de agua, que se pegaba a sus piernas, como si quisiera chuparle todos sus encantos.

Puso la nimbueira sobre el moledero y se dejó ayudar por mi, para bajar la tinaja de su cabeza, que como última caricia,

vació un poco de agua menuda sobre sus sienes, bañando sus trenzas de azabache.

Una sonrisa de diosa pagó mi cortesía; entonces vi sus "dienticos", blanquitos, blanquitos como la leche de papaya cele. Su boca se extendió lasciva, con aquella sonrisa de agradecimiento y aspiré su perfume de carao en flor, de ojoche, de reseda y qué se yo...

Apartándose de mí dió media vuelta... casi me cornea los ojos, con su cuerpo cachudito...

Buenos días señores, dijo con una voz muy dulce, que más que todo fué una canción.

—Abreviá, Valentina, que los señores van a tomar café. Alíjate puej, una buena "gurrucha", y poné un poco de sesina a asar, — dijo la vieja solícita.

Ya voy, señorá. Ahorita no más estoy moliendo, — y así al instante su cuerpo de "tarangontil" se inclinó sobre el moledero y empezó el canto del maíz, triturado y machucado por tan lindas manos castigadoras. La piedra chirriaba al ir y venir de la mano, y los granos, bien "anesqueados", pasaban a su contacto convertidos en bronca masa, que refinada luego, se transformaba en manos de la chavala, en medianas porciones o pelotas ovals que al palmearlas se extendían y se extendían lascivamente, entre sus dedos torneados, hasta convertirse en enormes y lozanas tortillas. Luego caían pesadamente en el comal, que chirriaba al contacto de la masa. Esas tortillas, doraditas y enormes, condimentadas con sal y manteca, cubrieron pronto el guacal que estaba en el moledero.

Una pequeña servilleta, blanca y limpita, que muy bien pudo ser una discreta prenda de vestir de la muchacha, sirvió de mantel para poner el desayuno.

Un tizte tibiecito, batido en pura leche, con rosquillas y tanelas, huevos fritos, carne asada a las brasas, siete enormes cuajadas, tortillas y chicharrones calentados y una gurrucha o "gallo pinto", fue el desayuno fastuoso.

Mientras comíamos, vino el sol intruso y curioso a pedirnos bocaditos, por las rendijas del rancho. La cara morenitorosada de la chavala, agitada por el calor de la fogonera, brilló más intensamente a los rayos del sol que se metía a bocanadas por todas partes.

Nuestro amigo, el nicoyano, atagarotado de carne asada y de tortilla, exclamó viendo la chavala...

—Hey guanacastecos machos; qué linda es esta premura, y no me como el sol muchachos, por no dejarlos a oscuras!... —

Ella, la Valentina, retorciendo la punta de su delantal entre sus dientes de concha perla, fijando en el suelo sus ojos entor-

nados dijo: —Vaya puej, con el señor tan chalán. Usted si que'j galano para decir cosas tan rebonitas.—

—No Valentina, es que con solo verle la cara a usted, se vé qu'és simpaticona. No le ha dicho nadie qu'és bonita como un chutil de sacanjuches?... — le dijo mi amigo, meloso y derretido.

"Sí señor. Si me lo'an dicho. Coseros me'an hablado al oído, pero nada he creído como mi hermana.

Allí tiene usted la prueba de haberle ella hecho caso a los hombres, — dijo señalando con cierta nostalgia de hembra herida a dos panzuditos que se acurrucaban en el tabanco desnudo.

—Ese es mal de los hombres mentirosos, — dije a mi paisana — pero por uno pagamos todos. Yo soy también así, cuando miro algo bonito... y por eso cuando veo una morena me le voy de medio lao, como el gavilán al pollo, y como la garza al pescao... — dije interrumpiendo a nicoyita.

—No mi alma; esas son puras "pupulucas", interrumpió la vieja, con aire de tristeza. — "Agora" yo soy la "aviada", chinchiniando estos dos críos, que son de mi otra hija. Uno es hijo de un maestro interiorano, que estuvo aquí hace tiempo, cuando mi muchachona estaba en la escuela... yo mandaba a mi hija, por que'l maestro decía que estaba entucavía en edá de aprender... ¿Qué saqué con eso? — continuó amargada la señá Vicenta. — Pues que se llevara "sicraca" a mi muchachía, pues me le enseñaron hasta lo que no sabía... El otro chigüín es cartaguito puro, de cuando la Paulita, hermana de la Valentina, se fué a servir allá "arriba", como china de unos "guapes".

—Vea por Dios, señorá, como usted la dejó a ella en cueros delante de la gente, — exclamó ella ruborizada.

Los relinchos prolongados de los cholpos en el patio, nos recordaron que era hora de partir. El chigüín hermano de la Valentina, les había dado buen "guate" a los caballos y agua en la quebrada.

Entonces me puse de pies y tomando de la mano a Esmirna, que estaba despavilada y contenta como una "sorococa" dimos el ejemplo de marchar, no sin antes preguntar a la viejita, el precio de la comilona.

—Nada es, mi alma. Hoy por tí y mañana por mí! Hay que hacerle misericordia al caminante, nos dice el "padrecito", cuando viene a decirnos misa. Mi Diosito se encargará de pagarme con las cosechas de este año en el "chagüite" y la milpa en el desmonte. "Acharito", que no vieron a m'hijo, que ya se fué a sembrar maíz y frijoles en el campo. Y mire usted, agora que me acuerdo, tengo un "coyol" dulcito, dulcito, acabadito

de sacar. Esta mañanita no más, oscurito aún, vacié las pilitas en las botellas. Llévense un poco para que tomen en el camino, pero para que no se les vaya a regar, se los voy a echar en ese "nambiro", donde m'hijo lleva el "pozol" al trabajo. Así no se les fermenta.

Tanta munificencia, tanta dádiva y tan bueno y cariñoso trato, no dejaron de conmoverme una vez más, pues aún siento satisfecho que todavía queda en la tierra, un rincón hospitalario, franco y abundoso donde el peregrino es hermano del semejante; donde el cristiano es amigo del cristiano, sin egoísmos, sin tapujos, con esa franqueza, llana y escueta que sólo la tiene hoy el llanero guanacasteco, y las gentes humildes del solar pampero.

Accediendo a mil ruegos, aquella viejita, varonil y fuerte, sólo nos aceptó quince colones, como regalo a los panzuditos de la Paulita, la hija que andaba lavando en el río y un adiós cariñoso y leal. Nos despedimos casi a las ocho de la mañana de aquel rancho y aquel pueblo inolvidable de Santa Bárbara de Santa Cruz.

Con semejante comilona casi no podíamos montar nuevamente a caballo; hubimos de tomar el paso lento y aburrido de las bestias, que los llaneros llaman "paso de cartago" o de vende huevos, y que sólo los interioranos usan cuando montan por primera vez los cholpos ariscos y jaconcitos de la sabana.

Varias veces, durante el trayecto a Santa Cruz, hubimos de sestear bajo los guanacastones frondosos y en los "pasos de los ríos", de un sol picante y tenaz que nos quemaba el espinazo. La polvareda achocolatada del camino ponía sombras y ojerías en nuestras cuencas sudorosas, sedientas de distancia. El vino de coyol, se hizo poquito para tantas bocas ávidas. El líquido nos resultaba escaso en el camino soleado.

Varios solares, potreros, sitios y encierros, tuvieron la impresión de nuestra sed voraz, pues allí tomamos al descuido, sobre las cercas de madero negro y cocobolo, así como los piñuelares, el jugo de las sandías rosadas y el de las dulces naranjas, de eterno color celaje.



SANTA CRUZ EN FIESTAS

Nuestro camino se hizo largo, pero alegre y divertido hasta que nos acercamos a las afueras de Santa Cruz. Eran ya las doce del día y nos disponíamos a entrar en la población, cuando un alegre repiqueteo de campanas nos avisó el comienzo de las fiestas. Luego, una detonación y otra y otra, producida por las descargas de doce bombetas intermitentes, y la alegre jota con que la filarmónica rompió la pesantez de esas horas calurosas, nos hizo gritar de entusiasmo.

—Ahuipíiiiiiiii... piíiiii... páaaaaaa!!!...

—Jip... jip... jip... jip... páaaaaaa!!!...

Estos y otros característicos gritos del sabanero, que regaron de colorido los rincones de la ciudad celaje, como un mágico cojín, conmovieron las fibras más recónditas de aquel pueblo macho, alegre y decidor. Todos los pamperos a esa hora, tiraron las herramientas del trabajo, pues las bombetas eran la consigna para empezar las fiestas. Los que ya estaban listos y almidonados los pantalones y la camisa arremangada arriba de los codos, le daban a la calle empavonada, llena de banderolas, colgaduras y flores, el aspecto de cien mariposillas blancas, de esas que los "chigiúines" llaman novias.

Todo fué desde ese instante mismo: bullas, gritos, "güipías", marimbas, guitarras, zapatazos, corretear loco de caballos remilgados y empavonados con lucidos aperos, a lo largo de la calle central, levantando aquí y allá, nubes de polvo rasero.

Los brazos... con la copa... se curvaban entre gritos, en la esquina del chino, donde ya empezaba la "parranda" popular.

Esas doce horas, marcaron en Santa Cruz, en este 14 de Enero, el comienzo de las fiestas cívicas, con ese brío y colorido, que sólo un pueblo genuino como ese sabe imprimir a la llanura en fiestas.

—Uy uy uyuy... papacito de hule... que aquí ejtá Lagunía...!

—Silencio, Motuzo, que aquí ejtá Tempate!...

—Pup... up... up... páaaaa!... Soy zorro viejo que solo "culecas" comel

Los gritos se desgranaban por doquiera, interrumpiendo

las marimbas en mil cuartetos confusas, demostrando el sentido pampero y los muchos grados de cultura de los cholos sabaneros.

El pueblo guanacasteco, ignorante en su mayor porcentaje por el abandono intelectual y cultural a que lo han condenado los gobiernos, subsana esta falta de letras con aquella acuciosidad jacarandosa de su magín, y aquella chispa idiosincrática que revela al hombre de los llanos, — gracia y meollo— "quizá porque los habitantes de la tierra llana, chata, tienen una psicología análoga, no importa la latitud del suelo que habiten..."

En las esquinas ya empezaban a instalarse, a la sombra de los almendros y naranjos, o bajo los aleros caidizos de las casas, las cholos dulceras, con sus mesas ataviadas de coloreados manteles y con los adornos incitantes de: las rosquillas bañadas, pan de rosa, espumillas, piñonates, limones bañados, cajetillas y suspiros y otros dulces y golosinas. Tenían grandes ollas de "orchata" resbaladera, "chicheme", pozol, ponche y otras bebidas deliciosas.

Una morenita quinceañera, punteando apenitas, tomaba asiento en una banca frente a esta refresquería y dulcería ambulante, invitando con sus ojazos y ofreciendo con su boca de "sonzapote remaduro".

En los salones cantinas, los marimberos y las guitarras, descerrajaban con la cadencia enervante del Punto Guanacasteco, una algarabía de notas, gritos y zapatazos, en el desnudo piso de madera.

El chalán, moreno y decididor, con su pañuelo en la mano castigaba imaginariamente a su chavala que, en jarras y ahuecando sus enaguas, — dando vueltas y revueltas, se encontraban, se alejaban — giraba como huyéndole al galán, capeando sus intenciones, y asediándolo a un tiempo mismo provocativamente.

El Punto Guanacasteco, baile regional, es un himno de la pampa. Allí se amalgaman con estridencia y coraje, el gutural lamento del congo en celo, el piafar y relincho de los "cholpos" sabaneros, el tamborileo de los cascotes que corren y requiebran la emotividad de los llanos que palpitan; el ruido del torrente en los inviernos tan crudos; el canto de las chocholípias, de los "guacos" y los "güises", el cancanear embriado de los "chocucacos" y "cuyeos"; el ardor de las hembras apasionadas y emotivas, y el valor de los machos ante los mil peligros de la sabana soleada.

El Punto Guanacasteco es el alma misma de la llanura intranquila, vaciada en moldes de marimbas y melodías que enloquecen.

Esmirna, curiosa y emocionada, me hizo detener y me obligó con dulce ruego a meter el caballo a la acera de la parranda para observar por la ventana, más de cerca, el barullo. Docenas de personas, haciendo "corral" a la pareja que bailaba, marcaban el compás emotivo de la danza regional, dando palmadas a ritmo, y lanzando huipipías estridentes.

De pronto, retumbó un zapatazo formidable que hizo estremecer el salón, y la voz del chalán que bailaba gritó por sobre la algarabía... Bomba!...

Calló instantáneamente la marimba y se hizo silencio en el salón. El bailarador, amigo y conocido mío, haciendo una reverente cortesía a mi amiguita, dijo:

—Qué buena suerte, pañía
tiene usted con las chavalas...
y si se muere de día
que el diablo le dé las malas;
qu'és muy triste morir a oscuras
y no gozar de una morena,
o irse d'este mundo al otro
sin saber lo qu'és cosa buenal

Nuevamente los gritos, la marimba, el zapateo y la alegría, y el Punto, con su cancanéo sensual, ponía una nota viril en el alma del llanero y un deseo mal reprimido en el espíritu de la chavala.

Así pasamos los días de fiesta, en Santa Cruz, la Ciudad Celaje. A caballo la mayor parte del día, disfrutando de todas las diversiones.

A las doce del día salíamos muy bien montados, acompañando la mascarada para ir al "tope" de toros y acompañarlo hasta la plaza. Luego en ella, siempre paseando con Esmirna a caballo, nos metíamos al redondel, luciendo el traje de mi muchacha y los aperos nuevitos de mi jaconcito moro.

La plazona enorme con su redondel de varas y estacones, bien clavados, con sus barreras de guapinol, de guayabo de monte, amarrados con bejucoecasa, daba una seguridad a medias a los curiosos y fanáticos que iban a ver montar los toros. En medio del ruedo, sólo los "vaqueteros" y los lazadores con sus enormes manilas infalibles, que bien domeñaban un toro en la llanura, maniataban una res en el corral, apersogaban un chúcaro y avioloa "garacho" o padrote en los encierros. Para esos sabaneros a caballo, lo mismo era un cimarrón, que alguna vaca cerrera.

Las gentes que vaqueteen en las fiestas guanacastecas los fieros y terribles maizoles o cebúes, o son irresponsables te-

merarios o valientes sabaneros que exhiben su valor y su destreza. Allí sólo se mete al ruedo el que es macho y sabe que puede jugarse a los toros su vida entera y su sangre... , ante "un aguadulce", un "carequeso", un "guitarrero", un "cachoe-palo" o tantos otros toros desgraciadamente célebres, por sus hazañas malditas. Allí no se mete el estúpido que va a ser monigote o pelele en los cachos del cimarrón.

Las corridas son peligrosas y emocionantes; se montan los toros albardeados, al pretal, o a la "verruga", y "con la cara pa'trás".

Allí se aprecia el verdadero valor del sabanero, y la furia del toro, pues no encuentra el bicho, el montón de irresponsables apelonados en la plaza, que le quitan lucidez a la corrida, y ofrecen en cambio, mucha carne majada o desgarrada a los hospitales y enfermerías.

Sonó de pronto una clarinada aguda y prolongada... El estampido de la bombeta de doble trueno, anunció la salida del primer toro. Este se debatía amarrado al "bramadero" o poste cerca del coso, donde se ensillaban los toros... Llevaba un hombre montado... que a los primeros saltos de la fiera libre ya y bravía — al salir gritó: — Hey muerte ingrata, dejame pasar las fiestas!... y mientras el cimarrón y el jinete se batían los hígados por los brincos del primero... — como cuando se bate una jícara de tizte — la filarmonía desgranó desde un palco, el son regional "El Torito"...

Sh, sh, sh, shhshshshshshshshshshshs..... púmmmm!!

Un cohete ha reventado, y mientras el miedo y la ansiedad se suspenden en las gargantas de las chavalas medrosas, y los ánimos se quedan flotando con ese marasmo de temor y pánico, un sólo grito se escapó desgarrador, de las gargantas palpitantes de las señoras y las viejas.

—Que lo saca!... No lo saca!... Ay...! No, no lo sacó...! Y la voz del gallardo montador de toros, dominando el ambiente, — se afianzó con una mano del "pretal", apretó sus talones espuelados a las verijas del bruto, se arrancó el sombrero de trapo blanco y dándole chilillo con él al toro en las paletas, — se oyó: —Hey páaaa... carajo! Sostenete santo viejo, sostenete que'l suelo está parejol!...

Otro vaquetero chusco, al ver la pericia del montador y de sus piernas para sostenerse, le contestó como burlándose del toro.

—Abréis visto, María Luna, que aquí está tu Renco Iglesias, que tiene alma de "garrobo" y patas de "tarangontil".

Después de la corrida, ya en la noche, fuimos a la retreta, a los juegos de pólvora, a ver el "toro guaco" y luego a las tómbolas y bailes, hasta las cuatro de la mañana, hora en que aún no habían finalizado los saraos.

Todos estos días eran de alegría continua, noche y día, hasta el último de las fiestas, llamado el "Día de los Muchachos".

En él se verifica un programa exactamente igual al de los días anteriores, con "tope" corridas y juegos, pero todo esto amenizado y cumplido por toda la muchachada del pueblo, de los siete a los quince años, que no quieren quedarse atrás, en arrojo y valentía, de los viejos organizadores de las fiestas.

Las montadas, el vaqueteo, en fin, la corrida; — se hizo con terneros, — no con toros — y todo lo remedaban los "nuevos" incipientes, que ya tienen los mismos gustos de las gentes viejas de los pueblos.

Para rematar esos festejos, hay algo sumamente original ese "Día de los Muchachos". La Comisión de Fiestas, que ya terminan, busca una "burra" vieja la mas zonta y zarnosa que se encuentra en el pueblo. Generalmente la buscan "chinga", y la albardean con los aperos más sucios, asquerosos y rotos que se encuentran. La pobre burra sufre adobos de cal, ceniza y boñigas, y adornos de cacerolas, bacinillas, tiestos y ollas sin fondo, y con tan ridícula indumentaria y apero, la llevan "del jaquimón" detrás de la comitiva de a caballo. Todo cristiano que "ande ese día a pié", tiene que ayudar con dinero o con licor a pagar las deudas de las fiestas, pues quien no lo hace, es forzado por todos a "montar la burra", que fustigada luego se la obliga a correr con su nervioso jinete, entre las burlas y risas de las gentes, hasta que el ridículo se completa cuando tumba la cabalgadura al cabalgador por los suelos.

En una de estas fiestas, — le contaba entonces a Esmirna, — tuve la impresión de ver a un "cartago", pasar cinco horas encaramado en la cumbre de un "palo de mango", hasta que terminó la romería de la Burra, para librarse de que lo montaran en ella, pues ya estaba sentenciado.

Fiestas santacruceñas! Un recuerdo imperecedero quedó en el alma de todos los turistas. A Nazario Dinarte, nuestro viejo guía, no lo habíamos vuelto a ver desde el día anterior. En compañía de su pariente Juliancillo Jácamo lo encontramos esa tarde, bien "embolao". Se había separado de nosotros, para gozar a su entero gusto de una buena "mejenga". Cuando pasamos a su lado, muy correcto nos saludó, pero siempre dicen que no hay personas más impertinentes que los "bolos". Se empeñó Nazario en presentarnos una serie de amigos suyos, a cual más "amejengao", y sobre todo, tomando de las manos a Virginia, le dijo: — Niña, tengo para usted algo muy bueno. Recuerda que me preguntó usted por los "concheros"?... Aquí tiene entonces uno; platique con él, que le servirá de mucho para su "Oro Verde"...

Y empujando tenazmente a Ulpiano Duarte, casi encima de Virginia, se vino con nosotros al hotel.

La futura maestra normalista, tenía el agobio marcado en su semblante. Ojeras enormes de polvo, marcaron en su rostro un antifaz, cuando se quitó los anteojos de fantasía, que llevara puestos en el día... pero aún así, escuchó las "tallas" del conchero Ulpiano Duarte.

—Yo señorita, no me gusta recordarme de cosas amargas, pero como dice mi compañero Nazario que usted está escribiendo algo a favor de todos los infelices que se van a soterrar a esas zonas bananeras, le voy a contar algunas "tallas". Tal vez a usted la creen, y le hacen caso, pues lo que es a nosotros, si algo hablamos o nos defendemos, o hacemos un reclamo sobre nuestros derechos, inmediatamente nos boicotean y nos "dan el tiempo" pues ya somos perniciosos agitadores, y peligrosos comunistas.

Yo estuve de "forman", — continuó Ulpiano Duarte,— en una finca bananera. Pero viendo el dolor y el trabajo y las pichicateces con que se trataban a los peones, no pude ser duro con ellos, ni exigirlos, ni reportarlos y a eso se debe que yo me cayera del puesto. Nunca me dijeron la causa, pero sí notaba que a todas las fincas donde iba después a solicitar "brete", se me negaba de plano, apenas sabían mi nombre y el lugar de donde venía. Claro, allí se lleva un "récor" de cada trabajador y cuando lo boicotean es de viaje...

No me quedó más remedio que aceptarle "güeso" a un contratista, porque así trabajaba para un hombre y no directamente para la Compañía... Recibí ese enganche y me fuí a machetear y al desmonte... Los contratistas, son empleados de la compañía, indirectos, pues ellos hacen sus contratos, a muy buen precio, y los peones que trabajan con ellos no tienen que ver nada con la "yunait".

Por eso es que los contratistas buscan para enganchar en sus trabajos, a los empleados que ya han sido botados por los gringos, y a los aventureros que no han encontrado nada que hacer.

En esa clase de trabajo con los contratistas, los únicos aprovechados son ellos,, que se valen de la desesperación, de la congoja y del dolor de los pobres, y que a sueldos de hambre, ridículos y mezquinos, tenemos que trabajar, porque ya no hay más chance en las fincas, y los jornales de la compañía, nunca nos permitieron ni siquiera hacer una buchaca para regresar a nuestros pueblos. Porque ese es el sebo que se nos da. Sueldos que no nos permiten nunca una economía, ni la oportunidad de poder pensar en el regreso, y de esta manera somos los esclavos voluntarios, condenados a ese trabajo de por vida

hasta que quedamos, o "cuerpo" en el hospital, o mordidos por las serpientes en la montaña, o tuberculosos de sulfato de cobre en los bananales.

—Pero qué facilidades tienen ustedes al trabajar con los contratistas?... inquirió Virginia.

—Ninguna, señorita. Allí ya no somos empleados de nadie. Somos solamente como herramientas de un sólo hombre que se llena los bolsillos de dinero, a costa de nuestros sufrimientos y congojas. Ya entonces no tenemos campamento, ni hospital, ni seguros que malaya pa' lo que nos sirven. Los sueldos que "agarramos y gracias" ya no nos sirven de nada y en la desesperación para olvidar, para no sentir ni ver, esa piltrafa que el contratista llama jornal, nos la bebemos, o acaso la jugamos a los dados o a las cartas, por "un si acaso". O doblamos la plata, o nos quedamos sin nada, que en esas zonas es lo mismo. Esa es la vida del jornalero en esas regiones abandonadas de la mano de Dios y de los hombres. Explotación inícuca; los jornaleros son sangrados a veces por ciertos contratistas, que nos mantienen a sólo préstamos y adelantos, para no permitirnos ni siquiera la esperanza de poder abandonar el "brete".

—Entonces los jornaleros son los mismos concheros? — inquirió Virginia.

—No, los concheros son aquellos empleados de la bananera que no tuvieron otra esperanza que la de llegar a "conchar" banano. Esos son los cargadores del muelle, verdaderos ganapanes, que viven a la espera de la llegada de los barcos, para desnudar su espalda y someterla a dura prueba de resistencia cuando llega el "carguillo".

Para esos no hay barracones, no hay vivienda; son los arrimados de otros cuartos. Encuadran su vida al jornal que les dá la descarga de los barcos con su mercadería pesada o el acarreo de polines, revestidos de creosota, que desolla sus espaldas, sus mejillas y sus manos.

Los concheros, parecemos galeotes, señorita, muchos casi sin pantalones, medio cuerpo al desnudo, con los enormes racimos de ese oro verde a la espalda, controlados por la máquina incansable que carga segundo a segundo, un racimo en la bolsa de lona que jamás se llena.

Cada uno, de nosotros, como un desheredado de la suerte, rumiando en silencio y con desesperación una congoja, va desfilando hora tras hora hasta que los 16,000.00 racimos hinchen y sacien el vientre hambriento de los enormes barcos fruteros.

Hay que ver con espíritu humano el desfile de concheros, con su fardo de oro verde a la espalda; somos verdaderos cir-

neos que ayudamos a cargar no una cruz, sino un talego de oro que jamás logramos.

—La única ventaja, —interrumpió Nazario—, es que a los concheros les dan la comida, en el comedor de la marina.

—Ja, ja, ja, ja, —rióse sabrosamente Ulpiano Duarte — te refieres a "la Papota..." y qué clase de comida!... verdaderamente, sólo el hambre puede obligarlo a uno a digerir esa mazamorra.

—Qué es la papota? Ulpiano, preguntó Virginia.

—La papota?... imagínese usted un galerón cerrado con cedazo, cuatro mesas largas forradas en latón, y unas bancas a lo largo. Bueno, algo así como un comedero de ciertas cárceles, o reformatorios penales.

Cada conchero tiene que llevar una lata de avena o de sardinas o una lata de leche para que le echen la comida: arroz, carne y frijoles, una papa grande o un "verde" sancocado. Viandas éstas que con el "filo" que uno lleva le saben a gloria, pues no hay condimentación, ni gusto, bueno, qué le cuento!

Cuando ya son las cuatro de la madrugada, que ya está cargado el barco, no nos queda más camino que irnos a "ruliar" un rato y allí encontrará usted, en las graderías del estadio de fútbol, tendidos a más de cien o más hombres, sudorosos, bañados de leche de banano, semidesnudos, esperando las caricias de algún sueño furtivo que llegue a acariciar sus sienes, y que cual sedante llegue a relajar sus mentes, entumecidas de malos pensamientos, de pésimos instintos, cuántas veces embotados de la lujuriosa ensoñación de un "mariguana" que los haga olvidar entre cortinas y cendales de ensueño, la amarga realidad de su vida de parias.

Los concheros señorita, somos una realidad cojeante, morridos por un dolor. Allí la primera vez que me acosté en las gradas, no pude cerrar los ojos. A cada instante sentía las manos traviesas que equivocadamente querían calentarse en mis bolsillos, el frío de una madrugada, ladronzuela y crispada de maldad.

Los concheros, no son malos en su mayoría. Son casta humana, son hombres que sufren. Son dolor y lágrimas vivientes que vegetan en un fango de explotación e iniquidad. Los que se vuelven malos, es porque pegado a sus pantorrillas, llevan el perro hambriento de un recuerdo, o porque picotea sus sienes, el piojo negro de la desesperación.

Yo fui conchero, señorita; pero a la vez que conchaba el banano de la hueste imperialista y a ratos era "pinzotero" de mi mismo fracaso y del dolor, aprendí a cargar sobre mis hombros el fardo grande... enorme... de la resignación.



LUNA LIBERIANA

Terminadas las fiestas cívicas en Santa Cruz, amaneció un nuevo día con su sol calcinante, que se coló por el enrejado de madera de la casona-hotel, semidormida. Carlos, el novio de Virginia, amodorrado aún de tanta juerga y trasnochar, se disponía a tomar el avión para trasladarse a San José, donde un asunto judicial de extrema importancia lo requería.

Virginia, pesarosa, lo acompañó al campo de aviación, para despedirle con sus últimas caricias, como prometida que era del joven jurisconsulto.

Muchas veces me pregunto a solas, después de aquella partida, de aquel adiós de dos prometidos... — En realidad amaré Virginia a Carlos? No será sólo la ilusión de una mujer que ve realizarse sus muchos sueños, teniendo a su lado un hombre de valía, que le augure un futuro lleno de comodidades y ajetreos sociales, donde ella pueda desenvolverse, realizando la ilusión de su callada vanidad femenina?

Si en realidad hubiera estado enamorada Virginia de Carlos, creo, sentimentalmente hablando, que el deber suyo era acompañarlo a la capital y cancelar un paseo azaroso, donde la ilusión de una mujer es ir acompañada de su novio, y con mayor razón una prometida, salvo excepciones, donde hay algunas que van a caza de emociones, buscando un gesto galante y una cortesía oportuna, que las haga disfrutar de una feliz temporada aún a costa de canjes sentimentales y cursilerías emocionales.

○ será cierto aquello de que la pampa guanacasteca embruja o subyuga?... .

De todos modos, creo que yo no hubiera dejado venirse sola a Esmirna, ni ella seguro estoy, me hubiera abandonado, siguiendo ella sola, una caravana de emotividades que no tienen ningún valor, cuando hay un cariño de por medio.

Al comunicarle a Esmirna, mis dudas sobre el amor de Virginia por Carlos, ella, más pura en sus apreciaciones me dijo:

—Cecilio... el verdadero amante no teme que su corazón atraviase por pruebas y sinsabores, si sabe que esas pruebas y hasta los sufrimientos, lo harán adelantar un paso hacia la realidad imperecedera y el anhelo del único amor deseado.—

—Esmirna, tú crees que la ausencia mata el amor?

—Yo creo que no, Cecilio. No cuando se quiere ser fiel aún a través de la distancia. Cuando dos seres se separan amándose, a cada nuevo encuentro de sus corazones el amor renace más grande, más profundo y más puro...

—De modo, Esmirna, que si el amor más grande de tu vida se te fuera, teniendo tú la seguridad y la seguridad de creer que sólo ese amor puede ser tuyo... qué harías?

—Prometer no olvidarlo, Cecilio... y estoy segura que lo haría, porque sólo los corazones, cuando saben permanecer fieles, se volverán a encontrar de nuevo, aunque fuera vida tras vida, para seguir amándose otra vez.

—Ese será entonces un amor de ultra-tumba, Esmirna!

—Lo será, Cecilio, —díjome ella aferrándose a mi brazo estrechamente como si tuviese miedo de perderme en ese instante. Quieres que te pida algo?... No desconfíes de Virginia, yo creo que ella no lo hace por maldad, y si hoy desconfías de su coquetería, talvez mañana desconfiarás de mí con la misma facilidad.—

—Oh, no...! Eso no, Esmirna. No dejes nunca que el cardenillo de la duda caiga en tu pecho, originando una impaciencia. De mí no dudes, Esmirna...—

—Díme, Cecilio, por qué a veces callas indefinidamente, habiéndote conocido siempre tan locuaz, y en mi presencia interrumpes tus frases, como si tuvieras temor de exteriorizarlas?...—

—Ah, negrita, es que tú ignoras que los grandes goces, como los grandes pesares, son siempre mudos y sublimes, según el decir de Aimée Blech.—

—En fin, no nos pongamos sentimentales, Cecilio, sigamos con nuestra felicidad, que en esta vida son más los motivos que tenemos para estar contentos y felices, que los motivos que tenemos, para hacernos desdichados y cautivos de las penas. Vamos a arreglar el equipaje para seguir a Liberia. Después de haberme enamorado de tu pueblo, Cecilio, tengo ansias por conocer a Liberia, con su luna eterna y blanca, siempre romántica consejera de los enamorados que creen ver en su disco un astro distinto, del que en otras latitudes alumbra a la hora misma, los senderos florecidos.

Salimos pues de Santa Cruz en una "cazadora" especial, contratada al acaso, para llegar a Liberia. Ese trecho interminable de hacienda tras hacienda, es como una guedeja enorme de cabelleras castañas, donde el pastizal enorme amarillea sus reseco tallos, dando una heterogeneidad, al paisaje indefinible. Allí vimos la somnolienta sombra de un enorme guanacastón, bajo cuyo manto fresquito, sesteaba el ganado los rigores de los chillantes rayos solares.